

España, raza y espíritu: Razón mística y selección natural en el pensamiento reaccionario español

Cristina Moreiras Menor¹

«Siendo yo un niño leí el relato horripilante de un suceso ocurrido en uno de estos países cercanos al Polo Norte, a un hombre que viajaba en trineo con cinco hijos suyos. El malventurado viajero fue acometido por una manada de hambrientos lobos, que cada vez le aturdían más con sus aullidos y le estrechaban más de cerca, hasta abalanzarse sobre los caballos que tiraban del trineo; en tan desesperada situación tuvo una idea terrible: cogió a uno de sus hijos, el menor, y lo arrojó en medio de los lobos; y mientras estos, furiosos, excitados, se disputaban la presa, él prosiguió velozmente su camino y pudo llegar a donde le dieron amparo y refugio. España debe de hacer como aquel padre salvaje y amantísimo; que por algo es patria de Guzmán el Bueno, que dejó degollar a su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo que el recurso es demasiado brutal; pero en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón, y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarlos todos a los puercos»².

En 1933, durante su discurso fundacional de la Falange española, José Antonio Primo de Rivera afirma:

«Pero nuestro movimiento no estaría del todo entendido si se creyera que es una manera de pensar tan solo; es una manera de ser. No debemos proponernos solo la construcción, la arquitectura

1 University of Michigan. Romance Languages & Literatures. moreiras@umich.edu
2 A. GANIVET, *Idearium español*, ed. E. Inman Fox, Austral, Madrid, 1999, pp. 64s.

política. Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el *espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida*³.

La idea de vida como sacrificio que el fundador de la Falange Española propone en su discurso no es nueva en el pensamiento español. En 1896, dos años antes del gran desastre nacional, Ángel Ganivet escribe su *Idearium español* como una reflexión sobre la historia y como respuesta no solo a la crisis política y social española, lo que él denomina «la ruina espiritual de España», sino también a los conflictos (para él catastróficos) que la modernidad plantea al país tanto a nivel socioeconómico como a nivel histórico y cultural. Ganivet, insertándose en una ya larga tradición de pensadores anti-modernos, plantea en su libro un sistema nuevo de «vida» para las sociedades occidentales a partir del cual elabora y propone, desde su concepto de raza y espíritu españoles, sus ideas sobre la nación, («España es un territorio peninsular»; «el territorio crea espíritu»), sobre la historia («la grandeza de España se debe a su acción perdurable en la Historia»; «la Historia es el carácter, la expresión de la personalidad de la nación»), y sobre la tradición (fundación del carácter nacional desde la que aspira a una *nueva religión nacional* de donde nace, como recuerda Beneyto, el Cristo español)⁴. Su pregunta inicial, y de algún modo fundadora de su razón crítica, se enlaza directamente con la idea tan caracterizadora del pensamiento que retomarán enfáticamente los miembros de la generación del 98, Ortega y Gasset, Machado y algunos otros, de que España está enferma como consecuencia directa de la pérdida de su espíritu, de su alma nacional, espíritu que tanto Ganivet como Ortega ligán indisolublemente a la tradición y al territorio. De hecho para el autor del *Idearium* la crisis, sintomatizada en esa enfermedad, tendría su solución en la restauración de la vida espiritual de España. Al igual que Ortega y Gasset (en *La España Invertebrada*), o Primo de Rivera harán después, Ganivet piensa la patria como una fraternidad alimentada de un pan espiritual capaz de renacer desde el encuentro con «una inmensidad de pueblos hermanos a quienes marcar con el sello de nuestro espíritu»⁵. De este modo, *Idearium Español* se presenta como un sistema de ideas, una programática ideológica, cuyo deseo es ofrecer una interpretación del espíritu enfermo de la Historia,

3 J. RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS (ed.), *Literatura fascista española. Antología*, Akal, Madrid, 1987, p. 107.

4 José María BENEYTO, *Tragedia y razón. Europa en el pensamiento español del siglo XX*, Taurus, Madrid, 1999. Véase particularmente las páginas 79-92.

5 A. GANIVET, o. c., p. 178.

la ruina moral de la nación, y proponer soluciones que lleven a regenerar ese espíritu colectivo.

Mi interés por este breve relato ganivetiano, y por la coincidencia que muestra con las palabras de Primo de Rivera, se centra particularmente en el hecho de que en él el *Idearium* articula un pensamiento reaccionario (que bien podríamos catalogar de protofascista) anticipatorio de los fundamentos de la ideología y la práctica fascista constituyentes de la Falange Española y, por ende, de la ideología que provoca el Alzamiento de 1936 contra la República y que luego sustentará el aparato ideológico y estatal franquista durante todo su gobierno. Ganivet concibe la Historia como sacrificio y la (posibilidad de) violencia se establece como su principio bajo el imperativo y el deseo de preservar la unidad filio-nacional. El principio que subyace al sacrificio es la violencia, afirma Bataille: «La violencia ... está subordinada a la preocupación por la unidad y la preservación de la comunidad ... La comunidad se salva de la ruina. La víctima [del sacrificio] es ofrecida a la violencia»⁶. En Ganivet, la entrega del hijo (obviamente del hijo más débil), o de un millón de ciudadanos en su caso, y la violencia que tal acto contiene, está racional y moralmente justificada en tanto que permite mantener la unidad de lo que se comparte, de aquello que constituye al grupo en comunidad, la sangre y el espíritu, ejemplificado en este caso en una familia dispuesta al sacrificio de uno de sus miembros en aras de la salvación colectiva. El sacrificio en aras de la salvación comunitaria constituye y formaliza una conducta ejemplar del ciudadano —del sujeto nacional— y la justificación de su violencia se realiza mediante los fines de la conducta que la persigue: «España debe de hacer como aquel padre salvaje y amantísimo ... pero en presencia de la ruina espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón, y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles a los lobos, si no queremos arrojarnos todos a los puercos»⁷.

En la misma vena afirma José Antonio Primo de Rivera en su discurso inaugural de La Comedia en 1933: «Si esto ha de lograrse en algún caso por la violencia (se refiere a la Revolución Nacional), no nos detengamos ante la violencia [...]. Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y de las pistolas cuando se ofende a la justicia o a la Patria»⁸ o, cuando

6 G. BATAILLE, *The Accursed Share*, Volumen I, traducción de Robert Hurley, Zone Books, New York, 1991, p. 59.

7 A. GANIVET, o. c., pp. 64s.

8 Citado por José María THOMAS, *Lo que fue la Falange*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999, p. 31.

afirma: «La violencia puede ser lícita cuando se emplea por un ideal que la justifique»⁹.

La violencia y el sacrificio se constituyen por tanto en razón y en fe, en voluntad y en deseo, sobre los que se sustenta el pensamiento de la nación y, en el caso del fascismo y de la Falange, en la práctica sobre la que se erige toda acción política destinada a construir un nuevo Orden. En este Orden el individuo será el último eslabón (siempre dispuesto al servicio sacrificial) de una cadena que culmina en el Estado, como afirma el fundador de la Falange: «Por el hombre, por el individuo, como occidentales, como españoles y cristianos; tenemos que empezar por el hombre y pasar por sus unidades orgánicas, y así subiremos del hombre a la familia, y de la familia al municipio, y, por otra parte, al sindicato, y culminaremos en el Estado, que será la armonía de todo. [Es] esta la concepción político-histórico-moral [con que] nosotros contemplamos el mundo [...]»¹⁰.

La relación entre razón y fe se convierte en Ganivet y en Primo de Rivera en una relación de intimidad, articulándose en ambos como fundamento de su pensamiento político-nacionalista. Es esta relación la que sostiene y justifica racional y moralmente toda acción violenta del individuo o del Estado y la que a su vez convierte al sujeto en la parte de un cuerpo colectivo sin el cual no tendría «razón de ser». Así, para defenderse de una crítica realizada en el *ABC* por Luca de Tena, quien acusaba al fascismo de ser totalitario y violento, José Antonio afirma: «El fascismo no es una táctica-la violencia. Es una idea-la unidad. En un Estado fascista la victoria no es de la clase más fuerte o del partido más numeroso [...]. Lo que triunfa es el ordenado principio común a todos, el pensamiento nacional consistente, del cual el Estado es la expresión»¹¹. Y continúa: «El fascismo nació para iluminar una fe, ni de la derecha (que en el fondo aspira a preservar todo, incluso lo injusto), ni de la izquierda (que aspira en el fondo a destruir todo, incluso lo justo), sino una fe colectiva, integral, nacional. Su efectividad se encuentra en esa fe, contra la cual toda persecución resulta vana»¹².

De las palabras de José Antonio se desprenden varias consecuencias ideológicas importantes: por un lado, el impulso original del fascismo es

9 Ibidem, p. 37.

10 Ibidem, p. 55.

11 Citado por S. G. PAYNE, *Fascism in Spain 1923-1977*, University of Wisconsin Press, Madison, 1999, p. 79.

12 Ibidem. De forma interesante, Luca de Tena cierra su debate con José Antonio con las siguientes palabras: «Lo que viene del corazón no está sujeto a la razón. Y sospecho que tu fascismo ha nacido de tu gran corazón más que de tu brillante inteligencia» (p. 79). Sobre esta polémica entre Luca de Tena y José Antonio, véase *José Antonio Primo de Rivera* de Enrique de Aguinaga y Stanley G. Payne, especialmente las páginas 168-172.

tanto político e ideológico como espiritual; por otro lado, esta espiritualidad inaugural está ligada íntimamente a una visión nacional fundada en la razón inquebrantable que proviene de pensarse como una unidad compartiendo una voluntad y una fe común. En este sentido Mark Neocleous afirma en su libro sobre el fascismo: «Dos de los rasgos centrales del fascismo provienen del rechazo de la razón y el intelecto y su reemplazo por la voluntad y el espíritu ... El primero es el rechazo de la teoría, y el segundo es la conceptualización de la política y la sociedad como un campo de permanente batalla y guerra»¹³. Visión antiteórica y justificadora de la violencia que ya se articulaba también en la propuesta de Ganivet para pensar España desde su concepto de «espíritu nacional» por el que todo se justifica. En una propuesta similar se apoyarán, más adelante, tanto la praxis como la ideología fascista.

Quizás sea esta línea de continuidad entre razón (que no es más que voluntad) y fe uno de los puntos más obvios para trazar un puente entre el pensamiento reaccionario español del XIX y comienzos del XX, entre el pensamiento fascista español y las «razones» de Falange española y del franquismo¹⁴. Continuidad que nos llevaría, de este modo, a ver el pensamiento político del fascismo español como fuertemente arraigado en el imaginario intelectual nacional desde mucho antes de 1933, momento de su inauguración oficial como parte de un sistema ideológico específico, el de la Falange¹⁵.

En efecto, a partir de la complicidad entre razón (otra vez, voluntad) y fe (una fe obviamente secularizada) en el pensamiento finisecular podemos establecer lazos afectivos e ideológicos entre Ganivet y el Ortega de, por ejemplo, *La España Invertebrada*. Ambos utilizan en sus reflexiones sobre la nación, fundamentalmente sobre España, una categoría que reúne esta complicidad tanto en su conceptualización como en su forma de ser experimentada y que está, también, en la base del pensamiento político y programático de la Falange. Me refiero a la idea de raza (incorporada en esa «raza española» o «espíritu de la raza») a partir de la cual los dos pensadores llegan, por caminos diferentes, y al igual que los pensadores fascistas (Giménez Caba-

13 M. NEOCLEOUS, *Fascism*, U. of Minnesota Press, Minneapolis, 1997, p. 13 (traducción mía).

14 En él se fundaban, como todos recordamos, los con frecuencia violentos conflictos entre carlistas y liberales, así como las tensiones político-culturales entre modernidad y tradición, entre razón científica y selección natural y entre ciencia y religión.

15 Enrique Ucelay Da Cal hace una excelente diferenciación entre fascismo de primera generación, más orientado hacia la experiencia organizativa, y el fascismo de segunda generación, desde 1930-31 arraigado, en alguna medida, en las nuevas izquierdas republicanas. E. UCELAY DA CAL, «Vanguardia, fascismo y la interacción entre nacionalismo español y catalán: el proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933», en BERAMENDI JUSTO G. y R. MÁIZ (Comps.), *Los nacionalismos en la España de la II República*, Siglo XXI, Madrid, 1991, pp. 39 y ss.

llero, Redondo, Ledesma, Sánchez Mazas, Francisco Franco, etc.) al concepto de espíritu nacional. A partir de este concepto se fundan dos posiciones compartidas por el pensamiento (reaccionario) finisecular y por el fascismo español: la absoluta aceptación de la violencia que implica, y necesita, la restauración de una política imperial (expansión del territorio nacional y preservación de la, según todos ellos, amenazada unidad peninsular) y la práctica del sacrificio personal o colectivo como vía para resucitar esa grandeza imperial española. Violencia y sacrificio son los dos caminos por los cuales estos pensadores y los ideólogos fascistas transforman al sujeto en pueblo, en raza, y así sustituyen al individuo y a la sociedad (la individualidad y el grupo, el todo como el conjunto de las partes) por una comunidad étnica sobre la que el poder y la ideología ejercerían absoluto control. El fascismo, afirma Neocleus, «postula al ser humano como individuo *solo* en la medida en que coincide con el Estado el cual, por otro lado, está cimentado en el concepto de vida y descansa sobre una institución de visión orgánica»¹⁶.

El tema de la raza y del espíritu (que en el pensamiento de estos autores es o puede ser intercambiable) se articula, entonces, como uno de los principios estructuradores y organizadores de la comunidad que cimienta, incluso inaugura, la idea de España y la idea de historia nacional. La raza se erige en principio (pseudoteórico) o categoría que permitirá seleccionar y conservar a los mejores, a «los buenos españoles», para convertirlos en una de las partes de ese cuerpo múltiple, pero siempre uno e indivisible, que es la nación. El individuo pierde su categoría de individuo-cuerpo y pasa a convertirse esencialmente en parte de un proyecto que lo hace desaparecer como sujeto al convertirlo en una partícula mínima de un organismo. Hablar de raza supone por tanto, hablar de espíritu, de alma colectiva, de combate. La raza como categoría de pensamiento se abre así a la historia y formula ella misma una particular concepción de historia en la cual, como afirma Linz,

16 M. NEOCLEOUS, o. c., p. 12 (subrayado mío). El concepto de raza manejado por estos autores no proviene, obviamente, de la biología. Tiene más que ver con una concepción «culturalista» a partir de la cual una comunidad nacional determinada crea mitos raciales sobre los que se apoyan sus intervenciones en la Historia y sobre la que se articula la idea de cultura nacional, siendo ellos los que sirven para fundar y cimentar el sentimiento nacional. En su trabajo «Is there a “Neo-Racism?”» Etienne Balibar afirma: «Un racismo que no tiene un concepto pseudo-biológico de la raza como su principal fuerza impulsora ha existido siempre [...]. Su prototipo es el antisemitismo. El antisemitismo moderno —la forma en la que cristaliza en la Europa de la Ilustración, [o] incluso [mucho antes], en realidad en el período en el que la España de la Reconquista y la Inquisición dio una inflexión estatista [y] nacionalista al anti-judaísmo teológico— es ya un racismo «cultural»» (E. BALIBAR, o. c., p. 24; trad. mía). Ganivet y Ortega manejan este tipo de concepto «culturalista» cuando hablan de la «raza» española, o el «espíritu» nacional. Y en ellos se refleja una intensa nostalgia por esa España de la Reconquista primero y del Imperio después.

«[hay un lazo] con una real o imaginaria tradición nacional histórica [pero no hay compromiso con] una continuidad conservadora con el pasado reciente o con un retorno reaccionario a él, sino [una orientación] hacia el futuro»¹⁷, para hacer emerger desde ella, desde esta raza, la idea de vida y una particular experiencia, que dará luz a la famosa concepción del «espíritu de la raza» (de famosos ecos franquistas) y al sujeto nacional ideal del fascismo, el soldado miliciano¹⁸. Pero pensar desde «raza» supone también justificar la violencia como el medio de selección del sujeto nacional superior. Una selección que se produce desde la validación histórica (la raza existe desde los tiempos de la Reconquista) y desde la justificación de proyecto abierto al futuro: la raza permitirá abrir España a un futuro de renacimiento. Ortega condensa magníficamente esta idea de raza como categoría de fundación nacional y de proyecto en las palabras que cierran *España Invertebrada*:

«Si España quiere *resucitar* es preciso que se apodere de ella un formidable apetito de todas las perfecciones. La gran desdicha de la historia española ha sido la carencia de minorías egregias y el imperio imperturbado de las masas. Por lo mismo, de hoy en adelante, un imperativo debiera gobernar los espíritus y orientar las voluntades: el imperativo de la selección. Porque no existe otro medio de purificación y mejoramiento étnico que ese eterno instrumento de una voluntad operando selectivamente. Usando de ella como de un cincel, hay que ponerse a forjar un nuevo tipo de hombre español. No basta con mejoras políticas: es imprescindible una labor mucho más profunda que produzca el afinamiento de la raza»¹⁹.

La cita no tiene desperdicio: se impone, según Ortega, el imperativo de crear un nuevo hombre español que será capaz, no solo de emprender nuevos proyectos, abrir nuevas vías, enfrentarse desde la razón a la crisis, sino de *resucitar* desde una voluntad forjadora, de traer de nuevo a la vida, un proyecto nacional fracasado (o inconcluso) cuyo impulso fundacional era, como el actual, racista —basado en la creencia de la raza superior— y violento. Racista en la medida en que creía con una fe ciega en la superioridad espi-

17 J. J. LINZ, «Fascism as «Latecomer»: An Ideal Type with Negations», en *The Fascism Reader*, ed. Aristotle Kallis, Routledge, London & New York, 2003, p. 64.

18 Este sujeto ideal está perfectamente representado en la literatura fascista y franquista. Véase, por ejemplo, «El umbral de la madurez», de Dionisio Ridruejo, *La fiel infantería* de García Serrano o *Raza* de Francisco Franco, por nombrar algunos ejemplos.

19 J. ORTEGA y GASSET, *España invertebrada*, Revista de Occidente en Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 116 (subrayado mío).

ritual de la raza española; y violento en que, de acuerdo a esa razón racial-espiritual, se justificaba toda acción colonizadora o imperial que tendiese a la grandeza de España. «La colonización americana, ese maravilloso acontecimiento, se trata de lo único verdadera, substantivamente grande que ha hecho España», nos dice Ortega (p. 107). Y afirma en su reflexión, también en *España invertebrada*, sobre la decadencia histórica española:

«Se me dirá que a pesar de todo supimos dar cima a nuestros *gloriosos* ocho siglos de Reconquista. Y a ello respondo ingenuamente que yo no entiendo cómo se puede llamar reconquista a una cosa que dura ocho siglos. Si hubiera habido feudalismo, probablemente habría habido verdadera reconquista, como hubo en otras partes Cruzadas, *ejemplos maravillosos* de lujo vital, de energía superabundante, de sublime deportismo histórico»²⁰.

¿No encontramos ecos, en esta propuesta del hombre nuevo, de maravillosas reconquistas y cruzadas, de sublime deportismo, las ideas que luego compondrán las bases políticas, éticas y estéticas primero de la Falange y después del franquismo?²¹

El pensamiento sobre la crisis española, responsable en gran medida de la enorme violencia que caracterizó los siglos XIX y XX, se origina no solo en la pérdida de las colonias o del Imperio sino también, como recuerda Joan Ramon Resina en un artículo sobre el uso del término «espíritu territorial» por la generación del 98, en la amenaza del regionalismo y el separatismo²². Resina afirma: «El espíritu del 98 es una reacción no al desastre colonial —que confirmó meramente la bancarrota de una vieja idea política— sino el ascenso de dos estrellas nacionales en los momentos centrales de la modernización española: Euskadi y Cataluña»²³. Ante esta crisis, donde se articula un pensamiento que casi podríamos calificar de paranoide sobre la

20 Ibidem, p. 103.

21 Véase, por ejemplo, la literatura de García Serrano, Dionisio Ridruejo, Francisco Franco (su guión cinematográfico *Raza*, como expresiones de esos «ejemplos maravillosos de lujo vital, de energía superabundante, de sublime deportismo histórico».

22 De este pensamiento de la crisis nacional de comienzo de siglo surgen los aparatos filosóficos, filológicos e ideológicos que fundan gran parte del pensamiento de los dos últimos siglos y de los cuales todavía hoy podemos encontrar estructuras, organizaciones y formaciones disciplinarias e institucionales. Véase la excelente reflexión sobre el hispanismo que hace Joan Ramon Resina en el ensayo citado abajo.

23 J. R. RESINA, «A spectre is haunting Spain: the spirit of the land in the wake of the Disaster», en *Journal of Spanish Cultural Studies*, September 2001, volumen 2, número 2, p. 171 (traducción mía).

desintegración española, tanto a nivel de potencia mundial como de nación, se impone un modelo de razón crítica que se quieren, sobre todo, voluntad y fe, y que por ellos se deshace, en casi toda ocasión, de una base intelectual y teórica; un modelo de pensamiento que me gustaría llamar «razón mística», en la medida en que sus pilares reflexivo-teóricos se erigen sobre la idea y la esencia de espíritu y de raza y cuya formulación pasa inexorablemente por la necesidad de justificar moral y políticamente la violencia hacia todos aquellos individuos que no conformen el perfil del «buen sujeto nacional» (esa masa que fracasa por no saberse masa; esa masa degenerada que no reconoce a sus minorías egregias) en aras del resurgimiento de una tradición que llevó a España a construir, desde una práctica en la fe (la fe cristiana) y una razón de la voluntad (la voluntad de imperio), tanto su Nación, España una, como su Imperio.

La justificación moral de esta violencia (que reproduce en realidad la presencia fantasmática de la violencia imperio-colonial) se facilita de dos maneras; por un lado concibiéndola, siguiendo el modelo darwinista, como algo natural, como una variación de la práctica de las especies animales que en la naturaleza permite la supervivencia de las especies más fuertes, (superiores, por tanto); y por otro lado, constituyendo tal violencia como sacrificio, como un regalo a la comunidad para preservarla como unidad sin fisuras. Sacrificio del individuo por la Historia nacional, por la Patria. Historia, por ende, como sacrificio. No es, por lo demás, una idea únicamente española. La encontramos ya en Mussolini cuando afirmaba: «El fascismo, hablando en términos generales, no cree en la posibilidad o utilidad de la paz perpetua. Por tanto, descarta el pacifismo [considerándolo] un pretexto para la renuncia cobardemente supina [...] al auto-sacrificio»²⁴. Si la Falange hace de la violencia un modo de vida (la vida como Milicia) y una práctica política en aras de una Revolución Nacional para salvar a España de la horda comunista, para mantener su «unidad de destino en lo universal» y para reconstituirse como un Imperio expansionista, el pensamiento de Ganivet y Ortega (en *La España invertebrada*) lleva el germen del fascismo en su razón crítica²⁵. Esto se demuestra así por varios motivos. En primer lugar, ambos articulan un sistema ético y étnico de la violencia al mismo tiempo que abogan por la cancelación del sujeto en favor del pueblo, al igual que luego hará la ideología falangista al convertir en doctrina la idea de que «la violencia puede ser lícita

24 B. MUSSOLINI, *The Doctrine of Fascism*, Ardita Publishers, Rome, 1935, p. 19 (traducción mía).

25 Obviamente esta idea no es nueva. Ya Mainer en su antología de Falange y literatura considera a la generación del 98 y a Ortega como los antecedentes ideológicos del pensamiento falangista. Véase, sobre todo, la introducción a la antología, páginas 16-20.

cuando se emplee por un ideal que la justifique»²⁶, o la idea de que el hombre es «conjunto de un cuerpo y un alma; es decir, [...] capaz de un destino eterno, [...] portador de valores eternos»²⁷. En segundo lugar, tanto en Ganivet como en Ortega la razón y la fe aparecen, al igual que en los pensadores fascistas, en una estrecha y sospechosa intimidad que sublima la violencia como sacrificio por una causa justa: la regeneración y el mantenimiento de una raza superior y el renacimiento de una historia perdida que, recuperando lo que ella tenía de acto de fe se piensa, tanto en los intelectuales como en los militantes, desde una mística racial, estética y política que repite, y reproduce en el acto mismo de violencia, aquella de los tiempos gloriosos²⁸.

Las ideas sobre raza, espíritu y sacrificio permiten, pues, trazar una continuidad de pensamiento entre la razón (razón como voluntad) y la fe que funda el movimiento falangista y la razón/fe sobre la que estos intelectuales piensan su idea de España y, por tanto, su idea de Historia. De forma interesante, el sacrificio aparece en los primeros como acto de voluntad, mientras que en los segundos aparece como acto de razón; pero ambas formas, finalmente, tienen sus raíces en un pensamiento esencialmente religioso (católico) que se confunde irremisiblemente con un pensamiento (que quiere ser) racional/científico.

El misticismo fascista-falangista, o el sacrificio proto-fascista de Ganivet —que de una forma perturbadora anticipa ya en 1896 un acontecimiento como el de la Guerra Civil— se piensa y se convierte en programa como una forma de anulación de la individualidad, o como la canibalización del individuo por la colectividad (desde esa mística del alma nacional) en aras de un proyecto nacional que emerge, en los intelectuales, desde la idea de decadencia y pérdida y, en el fascismo español, en la Falange, desde la idea de reconstrucción, de Imperio, no ya desde una posición melancólica que mantiene el pasado como cadáver (como quizás sería la posición ganivetiana), sino desde una posición maníaca (lo que Ortega llama admirado, refiriéndose a las Cruzadas «energía superabundante de sublime deportismo») que impulsa al acto como en aquel glorioso pasado de los Imperios clásicos.

26 Falange Española de las J.O.N.S., *Doctrina Nacional Sindicalista*, Centro de estudios y publicaciones de Falange Española de las J.O.N.S., Guadalajara, p. 15.

27 Ibidem.

28 Especialmente dos de los «puntos iniciales» de la Falange española nos acercan ecos familiares: Dice el punto III: «Si las luchas y las decadencias nos vienen de que se ha perdido la idea permanente de España, el remedio estará en restaurar esa idea. Hay que volver a concebir España como una realidad existente por sí misma». O el punto IX: «Esto es lo que quiere Falange Española. Para conseguirlo llama a una cruzada a cuantos españoles quieren el resurgimiento de una España grande, libre, justa y genuina. Los que lleguen a esta cruzada habrán de aprestar el espíritu para el servicio y para el sacrificio».

Pero obviamente los proyectos de Ganivet —reconstitución del espíritu español, de Ortega— forjar y dar culto al nuevo hombre, del fascismo y la Falange, extendido al franquismo —crear un Nuevo orden, una nueva Nación renacida de las cenizas del pasado—, no son solo proyectos políticos sino, de forma fundamental, proyectos teóricos. A este respecto, Enrique Ucelay Da Cal afirma, refiriéndose al fascismo: «[...] Lo que hace el nuevo fascismo de segunda generación, surgido después de 1930-1931, sobre todo en Madrid, es la ideología: son sus pretensiones intelectuales, sus raíces comunes con buena parte de las nuevas izquierdas de los años republicanos al punto de nacer como vanguardismos culturales a la vez que políticos»²⁹. Recordemos que Ortega termina su *España Invertebrada* erigiendo la vida cotidiana, y la conversación en particular, como ese instrumento socializador capaz de reflejar, en su estilo, la superioridad de la raza:

«Donde más importa que la masa se sepa masa y, por tanto, sienta el deseo de dejarse influir, de aprender, de perfeccionarse, es en los órdenes más cotidianos de la vida, en su manera de pensar sobre las cosas de que se habla en las tertulias y se lee en los periódicos, en los sentimientos con que se afrontan las situaciones más vulgares de la existencia [...]. Es la conversación el instrumento socializador por excelencia, y en su estilo vienen a reflejarse las capacidades de la raza»³⁰.

Cabe preguntarse, entonces, si el aparato ideológico que proponen Ganivet, Ortega y la Falange, y que sin lugar a dudas está en la base de la formación de nuestra disciplina, está alejado de un proyecto nacional como el que se abre en 1975 y se instaura definitivamente en la democracia. La pregunta se haría bajo el presupuesto de que este proyecto nacional democrático está dirigido, también, por esta bipolaridad melancólico-maníaca donde el pasado reciente (es decir, el de la España franquista asentada sobre los presupuestos ideológicos fascistas) se hace desaparecer del pensamiento, de la cultura y de la vida cotidiana, desde una voluntad de renovación y cambio, pero que al mismo tiempo está presente, de forma fantasmática, en las celebraciones de 1992, por ejemplo, donde España escenifica en sus actos conmemorativos el deseo imperial y desde ellos se rememora fundamentalmente como Imperio, como «espíritu» territorial y nacional. En palabras de Resina, refiriéndose específicamente a la generación del 98:

29 E. UCELAY DA CAL, o. c., p. 39.

30 J. ORTEGA Y GASSET, o. c., pp. 114s.

«El «evangelio español» jugó un importante papel en la definición del conocimiento hispánico legítimo. Fue decisivo en la formación curricular y en las exclusiones con las que la disciplina está plagada, incluyendo su resistencia a una peculiar noción de los parámetros epistemológicos de áreas de conocimiento conectadas ... La irreductibilidad legendaria del hispanismo a otros discursos epistemológicos está enlazada a la idea de permanencia y autocoherencia de un espíritu español vigilante de sus fronteras epistémicas. Esto significa que el momento genésico de reacción a las fuerzas que trabajan para definir el Estado español hace un siglo perdura en el cierre epistemológico del hispanismo, en el trazo de límites, tanto culturales como metodológicos, sobre el espacio que autoriza ciertos discursos en virtud de sus límites epistemológicos»³¹.

Retomando la línea de reflexión que tiende Joan Ramon Resina, podríamos preguntarnos: ¿Merecería la pena que, desde nuestro presente, comenzáramos a traer a la superficie restos que quizá todavía hoy estén dando «estilo» a las conversaciones democráticas y, más específicamente, a las disciplinarias? ¿Podríamos pensar, con una base legítima, que nuestro «modo de vida» y nuestra «razón crítica» disciplinarias están, de forma un tanto siniestra, firmemente arraigadas en el pensamiento reaccionario de comienzo de siglo, en aquel pensamiento que se abre, desde la legitimidad que encuentra en una razón mística, a la violencia selectiva o, en otras palabras, a la raza y el espíritu?

31 J. R. RESINA, o. c., p. 182.